

Domingo 3º del Tiempo Ordinario A (22.01.2017): Mateo 4,12-23

“Recorría Jesús toda Galilea y enseñaba”... Y yo necesito escribir... ¡CONTIGO!

Copio otra vez la cita del texto que se nos va a leer el domingo día 22 de enero: **Mt 4,12-23**. Y vuelvo a protestar con la energía de mi debilidad porque el pueblo de la liturgia no va a escuchar el relato inicial del cuarto capítulo de este Evangelio hasta el domingo cinco de marzo. ¿Sólo el tiempo de la Cuaresma es el apropiado para meditar en las tentaciones de Jesús (4,1-11)? ¿Contienen algún peligro inconfesable los versículos 4,24-25 para que nunca se los pueda leer a las gentes del pueblo en las santas misas de algún domingo?

¡Esta es la manera mejor y más oportuna para que se desconozca la Buena Noticia! ¿Hará algo la autoridad papal para que ‘este maltrato’ del Evangelio deje de realizarse tan impunemente? No lo espero. En sus casi cuatro años de ejercicio, nada de este uso desordenado de la Palabra se ha cambiado. Por ello, en este año luterano de dos mil diecisiete, será sanador orillar la liturgia para dejarse abrazar por el Evangelio que es palabra que sostiene e ilumina.

Este capítulo cuarto del Evangelio de Mateo me lo voy a leer siete veces, al menos, en las doce horas de sol y en las otras tantas de luna para tratar de acoger en la sapiencia de mis neuronas el mensaje tan desconcertante que la experiencia de fe de un evangelista nos compartió unos cincuenta años después de la muerte de un hombre llamado Jesús de Nazaret.

Esta experiencia de fe se expresa en un puñado de palabras y afirmaciones que vienen a condensar, como una levadura fermentadora, la vida y la misión de una persona tan de carne y hueso, como cualquier otro ser humano: *“Jesús recorría toda Galilea, enseñaba en sus sinagogas, pro-clamaba la Buena Noticia del Reinado de Dios y curaba toda enfermedad y dolencia de las gentes. Su fama llegó a toda Siria. Le trajeron todos los que se encontraban mal por enfermedades o sufrimientos diversos... y los curó. Le seguía una muchedumbre inmensa de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán”* (4,23-25 y ver también 9,35).

Con estas palabras se cierra el capítulo cuarto de Mateo que había comenzado con estas otras, que recuerdo ahora y se nos leerán en el primer domingo del próximo marzo: *“Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo... Entonces, el diablo lo dejó. Y he aquí que se le acercaron unos ángeles y le servían”* (Mt 4,1-11).

Siempre que contemplo con sentido crítico los datos que sobre la persona de Jesús de Nazaret nos desvela el Evangelista en este capítulo cuarto de su relato..., siempre se me despierta dentro una misma palabra: **sorprendente**. Sí, me sorprende que este hombre hubiera podido tenerlo todo: el poder del dinero, el poder de la religión y el poder absoluto. Él pasó de largo y nosotros -que nos decimos sus creyentes- a lo largo de veinte siglos le hemos divinizado en todos esos poderes: San Jesucristo el Señor, Rey y Salvador Único y Universal.

Me sorprenderá siempre imaginármelo de sinagoga en sinagoga por su Galilea hablando alto y claro de las enfermedades y dolencias mortales que la Ley de Moisés, el Templo y sus Sacerdotes sembraban en la religiosidad popular de las gentes de su tierra. Si no fue así, que alguien me explique por qué razón se hablaba de este hombre en tantos sitios... **Carmelo B. H.**

Domingo 9º del Evangelio de Marcos (22.01.2017): Marcos 2,15-17

Buscáis a Jesús de Nazaret... Id... a Galilea. Allí le veréis (Marcos 16,6-7)

Empiezo el tercer comentario dedicado a este capítulo segundo del Evangelio de Marcos. Seguimos en 'la casa'. Concretamente, en este momento, en 'la casa de Leví' el recién llamado por Jesús. Ahora nos volveremos a enterar de que **este desconcertante Jesús de Nazaret** llamó a este recaudador de impuestos por dos razones que pueden ser una y la misma: estar enfermo y ser un pecador: *"No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores"* (Marcos 2,17).

Cuando llego a este texto de Marcos, como en otros muchos más, recuerdo la sabia y atinada reflexión de una mujer apasionada por la Palabra que se llama Dolores Aleixandre y que decía y escribió muy gráficamente que 'el buen judío es puro de sexo, puro de raza, puro de cuerpo y puro de ley'. Es decir, un varón adulto, hijo de padres judíos y nieto de abuelos judíos, completo y sano de pies a cabeza por dentro y por fuera y, por fin, cumplidor de la ley. Sinceramente, un mirlo blanco que nunca existió (Evangelio de Juan 8,1-11).

Jesús de Nazaret pareció dejar de lado tanta 'pureza' y aprendió a juntarse y compartir la vida con esas gentes a quienes se les llega a catalogar de 'gentuza'. Cuando uno mira a su alrededor y constata con quiénes se rodea es muy sencillo saberse identificado, más o menos conscientemente, con aquel hombre de Nazaret o con algún aspirante a 'buen judío' católico.

Dice textualmente el relato que eran *'muchos los publicanos y pecadores... muchos los que seguían a Jesús'*. Una más entre este 'muchos' es la persona de María Magdalena como se dice en el ya mencionado texto de Marcos 15,40ss. Y con su presencia y su relato nos sorprendemos de la grandiosidad de la casa de Leví que acoge a tantas personas y de tan distintos modos de creer y de vivir. ¿Sabemos, María, qué se comía ahí en la casa del recaudador? ¿Se respetaron las normativas de la pureza dietética que ordenaba el Levítico?

Los datos del relato indican claramente que no se obedecieron las normativas de la buena comensalidad judía. Los escribas y fariseos presente no podían soportar sin explicación alguna el compartir comida y mesa con comensales publicanos y pecadores. Para ellos, este hombre desobedecía el mandato de la voluntad explícita del Dios Yavé de Moisés. ¿Quién es este blasfemador? ¿Por qué actúa de forma tan desobediente y tan descaradamente en público?

¿Esta desobediencia de la Ley de aquel Moisés del Sinaí de forma tan herética, blasfema y pública era el contenido de las enseñanzas de Jesús de Nazaret en las sinagogas de su Galilea? Mi respuesta a esta pregunta es un sí muy afirmativo. ¿Por qué enseñó esto y así este hombre, laico del pueblo y no sacerdote de ningún Dios?

¿Por qué enseñaba Jesús a desobedecer aquellos mandamientos de la llamada voluntad de un Dios como el Yavé de Israel? Por una razón evidente y elemental: aquella divina religión judía de la Ley y el Templo deshumanizaba, paralizaba, empecataba, empobrecía, enfermaba, esclavizaba, violentaba, hería... Aquellas gentes del pueblo tenían hambre de pan, de salud, de libertad, de gratuidad... y sed de vino, de perdón, de comprensión, de amor... **Carmelo B. H.**